

# MUJERES EN LA VENTANA

**Ana Martínez Arancón**

## RESUMEN

A través de tres narraciones breves de diferentes periodos del siglo XIX y de distintos autores, se va viendo la evolución del modelo ideal de mujer propuesto en cada uno de esos periodos y al mismo tiempo, y a través de las vicisitudes descritas en cada relato, se ponen de manifiesto las limitaciones del mismo.

## ABSTRACT

Throughout three brief narrations from different periods of the 19th century of different authors, the evolution of the ideal model of woman depicted in each of those periods can be seen and at the same time, and through the vicissitudes described in each narrative, their limitations are revealed.

## RÉSUMÉ

À travers trois brefs récits appartenant à différentes périodes du XIXème siècle et à divers auteurs, on constate l'évolution du modèle idéal de femme proposé à chacune de ces périodes et en même temps, ainsi qu'à travers les déboires décrits dans chaque récit, on évidence ses propres limitations.

*Impresiones y recuerdos*, de Julio Nombela, es un libro delicioso y lleno de datos y de anécdotas sobre la vida literaria en el siglo XIX. Es una obra que da gusto hojear de cuando en cuando. En una de esas ocasiones, me llamó la atención algo que cuenta de Gustavo Adolfo Bécquer, en la época en que ambos se trataban bastante, unidos en el empeño de abrirse camino con su pluma y colaboradores de algunas de las muchas revistas que aparecían y desaparecían en el Madrid de esos años. Paseando un día por la calle de la Flor Alta, les llamó la atención un balcón en el que estaban asomadas dos muchachas, una de las cuales impresionó vivísimamente al poeta sevillano pues, aunque las dos eran bonitas, tenía ésta en su expresión y en su belleza "algo de celestial". Así que Bécquer comenzó a frecuentar la calle, con la esperanza de volver a ver tan agradable aparición. Cuando lo lograba, se mostraba todo el día feliz y animado.

Nombela, que conocía a todo el mundo, pronto averiguó que la embalconada hermosura no era otra que Julia Espín, hija de un compositor al que trataba un poco, y que en la casa se mantenía una tertulia a la que podían sumarse sin problemas. Muy contento, propuso a Bécquer presentarlo en la casa, pero éste rechazó casi espantado la propuesta, temeroso de empañar sus ensueños con una bocanada de realidad<sup>1</sup>. Pese a todo, cree Nombela que Julia fue el amor fundamental del poeta, la sombra femenina que inspira e ilumina sus mejores obras, la Musa ideal, encarnada en ese recuerdo tenue, algo así como lo que fue Beatriz para Dante.

Preguntándome el por qué de esa negativa, de esa seguridad, nacida de su instinto de poeta que se protege de la desilusión, recordé una serie de enamoramientos, estos no reales, sino literarios, que a lo largo del siglo XIX habían llevado a los desdichados personajes que los protagonizaron al más amargo desengaño, y que, como en el caso de Bécquer, habían comenzado por la visión de una soberana belleza en un balcón o una ventana. Y me fijé en tres casos que, respectivamente, llevaban a la destrucción, a manos de la realidad, de tres modelos ideales de mujer.

## I

El primero de los relatos pertenece a los primeros años del siglo XIX. Era un tiempo de ideas generosas, por las que no se dudaba en poner en juego la vida. Eran también años en los que Europa no conoció la paz. La existencia salía de sus parámetros normales, los jóvenes la veían como algo breve y, por consecuencia, tanto más inapreciable, así que se vivía con intensidad y con pasión. Siempre como si fuera el último día. En este ambiente, el artista se consideraba a sí mismo un personaje titánico y diferente, alguien que traspasaba la frontera entre lo visible y lo invisible, que saltaba el límite entre la razón y la locura y otorgaba al sueño por lo menos tanta credibilidad como a la vigilia. Era un personaje solitario. Así que el amor necesariamente se teñía de un color trágico y casi por definición había de ser imposible. La mujer ideal, pues, apenas es una sombra. Tiene que ser una diosa intocable y terrible, un ser angélico al que un simple aliento puede disolver, un fantasma, un demonio....cualquier cosa menos algo vulgar y real. Es la Musa que eleva o la Serpiente que abisma, pero no un ser humano, terreno. Sobrehumana o infrahumana, justamente por ello hay algo que no puede ser: mujer. Es en este contexto donde se enmarca *El hombre de la arena*

---

<sup>1</sup> NOMBELA, Julio.- *Impresiones y recuerdos*. Madrid, 1976, pág. 205

Su autor, E.T.A. Hoffmann, destaca especialmente porque en la práctica totalidad de sus obras se aborda "y se desarrolla el tema del amor del artista"<sup>2</sup>, un amor diferente al del resto de los seres, que desgarran en su alma velos y abre puertas que le conducen a abismos más profundos y descubren para él nuevas extensiones de lo infinito. Un amor del que está excluida la vida cotidiana, que lo convoca y lo arrastra hacia lo extraordinario.

El protagonista del relato, Nataniel, ha visto su infancia marcada por el terror que le causaban las visitas de un siniestro personaje. Recuerda horrorizado que una vez quiso sacarle los ojos y también que fue el causante de la muerte de su padre, con quien se dedicaba a extraños proyectos científicos. Estos recuerdos son muy vivos y por eso el protagonista se aterra cuando cree reconocer al diabólico personaje, muchos años después, cuando él ya es estudiante. Pero no es un universitario más, es un artista, o así se considera. Escribe poemas y está poseído por una sed faústica de conocimiento, como si el episodio de su niñez le hubiera envenenado, de manera que visita con frecuencia la casa de un extravagante profesor para dedicarse a experimentos sobre cuya naturaleza no se nos informa. En una de estas visitas, y a través de una puerta vidriera, descubre una figura de mujer, esbelta y quieta, cuyas "pupilas carecen de mirada", como si durmiera con los ojos abiertos, lo que hace nacer en él una suerte de inquietud<sup>3</sup>. Impresionado por la visión, se entera de que la joven es Olimpia, la hija del científico, que al parecer la tiene recluida en casa.

Nataniel tiene novia, Clara, hermana de su mejor amigo. Es una muchacha sencilla y transparente como su nombre, no demasiado guapa, aunque de aspecto agradable, afectuosa, en absoluto tonta pero de una mente práctica y decididamente prosaica. Era "delicada y razonable"<sup>4</sup>, y a las exaltadas fantasías de su prometido sólo puede corresponder con algo de preocupación y mucha ternura. Es, en fin, una mujer real para la vida real, una futura esposa y madre, y no la encantadora que arrastre a los torbellinos del infinito, ni siquiera la compañera capaz de asociarse a ese vuelo.

Muy pronto tiene ocasión de comprobarlo. Tras largo esfuerzo, compone Nataniel un poema muy extenso y lleno de una vida extraña, un buen poema, pero tan lleno de ideas destructivas e imaginaciones casi diabólicas que a su mismo autor le eriza los cabellos de espanto, a la vez que lo

---

<sup>2</sup> BÉGUIN, A.- *L'âme romantique et le rêve*. Paris, 1969, pág. 603

<sup>3</sup> HOFFMANN.- *El hombre de la arena y otros cuentos*. Madrid, 1972, pág.33

<sup>4</sup> Op.Cit., pág. 37

estremece con su peligrosa belleza. Temblando, y como si se encaminara a la ordalía donde se ha de probar su amor, va al encuentro de Clara y se le lee. Mientras escucha, ella tricota, como suele hacer cada vez que él le lee algo, actividad que generalmente encuentra aburrida, pero que soporta como uno de sus deberes de enamorada. Sin embargo, esta vez es distinto. Poco a poco deja la labor, mira espantada a su novio y le ruega que entregue al fuego esa obra, que sin duda está maldita. Él se aparta de su lado, completamente desilusionado, gritándole: "Eres un autómatas inanimado y maldito"<sup>5</sup>. Decididamente, esa criatura no puede ser objeto de su amor. Sin embargo, de lo que no parece percatarse es del hecho de que Clara, lejos de mostrarse insensible ante el poema, lo ha entendido perfectamente, y es por eso por lo que le pide que lo destruya. Lo que revela más bien la escena es la naturaleza del "amor del artista", que se irrita ante la opinión de su amada, por bien fundada que esté (él mismo había sentido cómo se erizaban sus cabellos con el terrible poema), porque lo que busca es un pretexto, un espejo, no una criatura real. Y así se aleja, olvidando su amor y lanzándole un insulto que prueba que el ciego, el que no comprende, es él, pues le llama precisamente lo que Clara no es, lo que acaba de demostrar no ser.

De vuelta a la ciudad, Nataniel se encuentra con un vendedor de instrumentos ópticos cuyo aspecto le recuerda al del hombre que atemorizó su infancia. Sobreponiéndose a la impresión, le compra unos catalejos y se dirige a su casa. Desde allí se divisan las ventanas del excéntrico científico padre de Olimpia, y en una de ellas, la propia muchacha, inmóvil, con los ojos quietos, pero que ahora parecen irradiar un suave resplandor lunar, "bella y celeste" en su quietud<sup>6</sup>. La visión lo fascina y día tras día la contempla. Se obsesiona con ella, aparece en sus sueños. Por fin, el padre lo invita a una fiesta a la que asistirá la flor y nata de la universidad y donde promete que aparecerá su hija. Al llegar, la ve, hermosísima, un poco rígida quizá, lo que le resta naturalidad, pero a sus ojos la hace aún más preciosa, por extraña.. Al tocar su mano para invitarla a bailar, la encuentra helada. Al abrazar su talle en la danza, nota su rigidez. Todo ello lo sumerge en una "amorosa voluptuosidad", en un placer exquisito que nunca antes había sentido. No advierte que nadie más baila con ella. No se percata de que los asistentes se ríen de él. Sólo tiene ojos para esa rarísima hermosura. Al final de la velada le declara su amor. Ella no altera su expresión. No pronuncia una palabra (no había abierto la boca en toda la noche). Sólo contesta con un suspiro. Él está feliz, extasiado: "¡Oh, mujer celestial, que me iluminas

---

<sup>5</sup> Op.Cit., pág. 41

<sup>6</sup> Op. Cit. pág. 45

desde el cielo del amor!"<sup>7</sup>. Ella, divinamente inexpresiva. El padre los contempla con una curiosa sonrisa. Nataniel quiere saber si ella le ama. Olimpia sólo suspira, pero cuando él la abraza, lo estrecha contra su pecho. Sale de la casa sintiendo que se le abren las puertas del paraíso.

En vano sus amigos le dicen que, por muy hermosa que sea su enamorada, parece fría y estúpida. Él sólo ve en su silencio y su inmovilidad otras tantas pruebas de su "maravilloso y profundo carácter". Le dicen que parece una muñeca de cuerda y él les responde que lo que sucede es que no saben ver, que les disgusta porque son prosaicos, y que sólo su carácter poético le permite comprenderla y apreciarla. Sus pocos suspiros son para él "verdaderos jeroglíficos del mundo del amor" y le "abren el camino del conocimiento de la vida del espíritu para la consideración del más allá"<sup>8</sup>. Todos lo dejan por imposible y lo miran ir con lástima,

Nataniel visita a su adorada y comienza a leerle la totalidad de sus composiciones. Ella no se cansa nunca de escucharle. A diferencia de Clara, no bosteza disimuladamente ni juega con un perrito, no contempla el vuelo de los pájaros ni muchísimo menos hace punto ni cualquier otra labor. Es una oyente magnífica que permanece horas enteras "con la vista fija en los ojos del amado, sin moverse ni menearse"<sup>9</sup>, y por todo comentario, al acabar la lectura, lanza unos cuantos suspiros. Nataniel está maravillado y piensa que sólo ella le comprende. Su silencio es prueba de una comprensión y comunión espiritual aún más profunda, y también un indicio de su carácter celestial, que le impide utilizar el mancillado lenguaje de los seres humanos vulgares. Esta escena pone especialmente de manifiesto la concepción de la mujer como una simple imagen, como una pared que hace de resonancia, de eco de las palabras del artista, a quien no le interesa, en verdad, otra relación que la que mantiene consigo mismo, con el desarrollo de su alma creativa.

Se precipita el desenlace y el protagonista es testigo de una pelea entre el padre de Olimpia y el vendedor de instrumentos ópticos que tan siniestros recuerdos le traía. En la lucha, ve cómo cada uno de ellos tira de un brazo de su amada y cómo ésta cae al suelo rota en pedazos. Su cabeza rueda a sus pies: una figura de cera con ojos de porcelana, un juguete refinado cuya posesión se disputaban el supuesto padre y el vendedor, que no

---

<sup>7</sup> Op. Cit., pág. 49

<sup>8</sup> Op.Cit., pág. 52

<sup>9</sup> Ibidem

es otro que el mismo científico loco que causó la muerte de su padre, y una vez más salen a relucir los ojos, unos ojos sangrientos, recién arrancados de unas órbitas vivas, robados para dar mayor viveza a la mirada de la muñeca mecánica.. Ella, y no Clara, era el "autómata inanimado y maldito", la sombra sin sentimientos ni corazón. Como es lógico, y como de toda verdadera historia de amor romántico se espera, la única salida posible es la locura y la muerte del desdichado Nataniel. En este caso, la mujer de la ventana ha acabado rota en pedazos, triste despojo destinado a la basura, y el desengaño ni siquiera hace comprender a su amante que sólo se amaba a sí mismo, prendado del reflejo de su capacidad creativa, con un egocentrismo incapaz de amor y de comprensión.

## II

El siguiente relato nos lleva a la mitad del siglo XIX. Era un tiempo de posibilismo, de buscar soluciones de compromiso. La sociedad integraba entre sus dirigentes, junto a la antigua aristocracia, a ricos burgueses o a nuevos nobles, que habían adquirido títulos, honores y fortuna con las convulsiones y las guerras de principios de siglo. Los antiguos prejuicios convivían con algunos elementales principios liberales. Sin embargo, permanecían latentes los fermentos revolucionarios, tanto por la timidez de las reformas políticas como por la persistencia de grandes desigualdades sociales, puestas aún más de manifiesto por los desastres de las guerras. En este ambiente, el artista adquiere una mayor conciencia de su papel social. Ya no se ensimisma en sus tormentas interiores, abre los ojos al mundo y comienza a ocuparse de él, para criticarlo, para retratarlo, para intentar cambiarlo. Y el ideal femenino también se modifica. Aparte de la proliferación de mujeres de gran talento en la literatura o la música, el hecho es que el artista ya no desea a su lado una sombra inmaterial, sino una compañera hermosa y al mismo tiempo sensible, capaz de entender sus creaciones y, a la vez, lo suficientemente ducha en artes tradicionalmente femeninas para proporcionarle un confort doméstico que facilite su trabajo. Y nada de fantasmas incorpóreos: por el contrario, el sexo es la culminación del amor espiritual, uniendo los cuerpos de dos almas que ya eran una. Vamos, la teoría del justo medio y de lo posible aplicada al amor.

Es lo que vemos reflejado, por ejemplo, en la extensa correspondencia, verdadera prueba de devoción en un hombre que literalmente se mataba trabajando, entre Balzac y la que sería su esposa. Primero admiradora de su obra, luego amante, su mujer al fin, ya en los últimos días de la vida del escritor, éste no se cansa de expresar su ternura en los términos de una alianza a la vez sexual y espiritual, aunque poniendo ésta por encima. "Sabes de sobra, querida mía, mi bien amada, (le dice) que mi alma no es

tan estrecha como para distinguir lo que es tuyo y lo que es mío; todo es nuestro: alma, corazón, cuerpo, sentimientos, todo, desde la menor palabra a la más ligera mirada". Y en otra carta: "Amar a una tonta es condenarse a la monotonía de la felicidad que acaba al primer día. Un amor que perdura es un elogio de dos seres y el testimonio más evidente de una superioridad oculta, reservada para los mejores placeres, los del corazón"<sup>10</sup>. La mujer ideal también es consciente de su papel. Marie D'Agoult, bella, noble, de educación exquisita y suficiente fortuna, abandona a su marido y a su hijita para convertirse en la amante de Franz Liszt, con el que vive cinco años y tiene tres hijos, entre ellos la célebre Cósima. Autora de algunas obras muy bien escritas, es sin embargo muy consciente de su papel de compañera del artista, a su lado pero un pasito por detrás. Cuenta, por ejemplo, cómo, ya viviendo juntos, "él había empezado a componer; mi presencia, cuando escribía, no le importunaba: al contrario, si trataba de alejarme discretamente, él me retenía". Entonces ella, halagada y orgullosa, "fingía leer, pero en realidad no perdía ni el menor movimiento de su pluma o sus labios" y sentía "una emoción profunda viéndolo así, volcado en su arte, en ese genio que resplandecía en sus ojos y que yo adoraba en silencio". Pero esta intimidad no le hacía compararse con el objeto de su amor. Aunque su educación musical le permite comprender su música, no basta "para entrar de lleno en los proyectos que forjaba ni para asociarme a ellos activamente ayudándole a realizarlos"<sup>11</sup>. La Musa ya no arrastra a las estrellas o los abismos. Comparte, comprende, abraza.

La autora del relato que vamos a analizar a continuación, George Sand, es ella misma un ejemplo de esa actitud. Muy notable escritora, mujer independiente y de gran libertad de criterio, de ideas avanzadas, tenía también una buena cabeza para la vida práctica, gestionaba con competencia sus contratos y administraba bien sus ganancias. Sin embargo, en su relación con sus, generalmente, geniales y enfermizos amantes (Musset, Chopin...), supo ser a la vez una compañía discreta, una cariñosa anfitriona para los amigos artistas y una eficaz ama de casa, que proporcionaba el ambiente cálido y tranquilo que convenía a la salud y facilitaba la vida creativa, aunque eso le costase grandes sacrificios en su vida personal<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> BALZAC, Honoré de.- *Lettres à Madame Hanska*. 2 vols. París, 1990, vol. I, págs. 250 y 251. La traducción es mía

<sup>11</sup> *Mémoires, souvenirs et journaux de la comtesse d'Agoult*. París, 2007, pág. 369. La traducción es mía.

<sup>12</sup> Por ejemplo, en los últimos años de su larga convivencia con Chopin, renunció a toda vida sexual, para no agotar más las ya desfallecientes fuerzas del músico, quien,

Vayamos al relato, *Cora*, una novelita breve y encantadora, con sus toques de ironía. El protagonista no es poeta, sino un simple empleado de correos, pero ha viajado y posee una sensibilidad artística fina y educada y cierta proclividad al romanticismo alimentada por sus lecturas, entre las que cita, precisamente, las obras de Hoffmann. Destinado en una pequeña ciudad provinciana, se siente agobiado por el ambiente, estrecho y tradicional, por el prosaísmo y absoluta falta de imaginación que se respira en cada detalle cotidiano, por una vida intelectual reducida al estado vegetativo. Todo ello le asfixia y le hace sentirse desplazado y tímido. Por fin, en un baile al que acude sin ganas, ve a una muchacha que destaca por la sencillez de su atuendo y por su belleza melancólica, con "unos grandes ojos verdes, de un color tan claro y transparente que parecían hechos para leer los misterios del mundo intelectual más que los aspectos tangibles de la vida material"<sup>13</sup>. Su comportamiento retraído durante el baile aumenta su prestigio y nuestro héroe cree haber encontrado su mujer ideal. Averigua que se llama Cora y es hija de un tendero, y sin más, deja su alojamiento y alquila una habitación frente a la casa de la joven. Desde allí, y a través de unos agujeros practicados en las cortinas, para no alarmar el pudor de la muchacha, pasa "extasiado" largas horas contemplándola. "Cora estaba sentada junto a su ventana en la planta baja. Leía"<sup>14</sup>. Pasaba largas horas leyendo. Cuando cerraba el libro se quedaba quieta, junto a unas macetas de alhelies que alegraban su estancia. El protagonista pasa cada vez más tiempo mirándola. Nada más. Ni se le ocurre aparecer por la tienda con un pretexto. Se conforma con la contemplación. Pero, por desgracia, no es el único que ha reparado en la hermosura de la moza y son varios los que la rondan, con menos discreción, y en especial un "gordo y jovial" estudiante de farmacia, que no tarda en ser admitido a la intimidad de la casa del tendero y a sentarse junto a Cora, en esa misma ventana tan querida. Para consuelo del narrador, la muchacha no parece hacerle mucho caso. Le parece ver cómo "disimulaba con dificultad silenciosos bostezos" mientras "miraba con tristeza su libro cerrado sobre el alféizar y cuya lectura la presencia de su adorador le impedía continuar"<sup>15</sup>. Así que prosigue su novela de amor privada, suponiendo a su querida sílfide enojada por la compañía y manteniendo intactas

---

por cierto, se lo pagó con unos celos enfermizos. Así lo cuenta ella en su interesantísima correspondencia (Cfr. SAND, G.- *Lettres d'une vie*. Paris, 2004. Pág. 626 y ss.).

<sup>13</sup> SAND, George.- *Cora*. Madrid, 2008, pág. 24

<sup>14</sup> Op. Cit., pág. 30

<sup>15</sup> Op. Cit., pág. 35

sus sospechas de la infinita superioridad intelectual de Cora, que sin embargo, y para su gran sorpresa, se convierte en breves días en la sonriente esposa del supuestamente importuno galán. Desconcertado por esta inesperada reacción de su adorada, nuestro protagonista no ve otra salida que caer gravemente enfermo.

Cabría preguntarse cómo un joven con un empleo estable y que se describe a sí mismo como un hombre con mucho más mundo que los sencillos provincianos que lo rodean no ha intentado acercarse a la chica, en lugar de limitarse a contemplarla, o cómo no se ha propuesto al tendero como un yerno deseable. O sus lecturas y su fantasía se han impuesto a su sentido común, o su burguesa conciencia de la inferioridad social de Cora le impide considerarla como una posible esposa y lo empuja a una adoración platónica y lejana. Y muchas cosas en el tono de la narración nos hacen inclinarnos por esta segunda hipótesis.

Ya repuesto, se levanta y, lo primero que ve en la ventana de enfrente es a "Cora, leyendo. Siempre tan bella, siempre tan pálida, siempre tan sola"<sup>16</sup>. Vuelve a fantasear, imaginando primero que la muchacha sueña y luego, cuando advierte que ella le hace un leve saludo, que corresponde a su interés amoroso.

Comienza a salir y el tendero se interesa por su salud, como buen vecino. El protagonista le contesta que aún se encuentra débil y elogia la buena disposición de la casa de su interlocutor, mucho más soleada. Él le da la razón y le invita a tomar el sol todos los días en ella, para acelerar su recuperación. Cora añade algunas "consideraciones breves y sencillas" que hacen pensar a su enamorado que, a su alma soñadora, se une un espíritu práctico, lo que lo llena de gozo: decididamente, es la compañera ideal.

De modo que comienza a bajar todos los días a casa del tendero, que lo instala junto a Cora. Viéndola de cerca y no a través de los vidrios, advierte algunas cosas que no sospechaba. Primero, que resulta en exceso silenciosa y no da en absoluto pie a entablar conversación, ni amorosa ni siquiera trivial; luego, que sus gustos literarios son deplorables. Tanto el libro que lee como los que guarda en un pequeño estante son folletines de la peor calidad posible. Sin embargo, lejos de desengañarse por ello la considera un "alma virginal" cuya vida intelectual encierra ocultos tesoros cuyo descubrimiento y desarrollo causarán inefables goces al hombre que sea tan

---

<sup>16</sup> Op .cit.pág.40

afortunado como para despertarlos<sup>17</sup>.. Vemos, pues, que aunque piensa en ella como en la mujer ideal, se considera superior y ahora no sólo por su clase social, sino por la primacía intelectual que va a permitirle educarla, transformarla, perfeccionarla. Está a su lado, en una silla contigua a la suya, y ya no la ve a través de un cristal material, pero sí a través del vidrio que la idealiza y al tiempo la empequeñece, convirtiéndola en una hermosa muñeca.

Un día se siente algo molesto porque su ídolo le presenta una cuenta con los gastos hechos en la casa durante su estancia el jabón para lavarse las manos, las infusiones tan gentilmente ofrecidas, tenían un precio. Lo paga, desconcertado, pero la desilusión le dura poco: al fin y al cabo, lo prosaico también tiene su lugar en la vida y no es incompatible con las exaltaciones del alma del artista.

Sigue sus visitas y continúa junto a Cora, pero ahora decidido a conquistarla. A tal efecto, le cuenta todo lo que pasa por su mente. "Su alma, hecha del más bello rayo de la Divinidad" no podrá por mucho tiempo "permanecer inerte bajo el vuelo magnético de este pensamiento de fuego" con el que él manifestaba "las inefables torturas y las divinas aflicciones" de su amor, amén de un torrente de poemas y versos alejandrinos compuestos en su honor<sup>18</sup>. Comprueba alborozado que ella deja de leer y lo contempla con ojos muy abiertos, así que prosigue con sus exaltadas declaraciones hasta que un día eleva tanto la voz que entra el tendero, asustado. Y entonces oye cómo su musa, a la que creía fascinada, sin comprender del todo, pero prendida de sus labios, le explica a su padre, con la más tranquila de las entonaciones, que el señor está teniendo un ataque, que da un poco de susto, pero que si no se le lleva la contraria se le acaba pasando. Es reconducido a su cuarto y se avisa a la justicia, que a punto está de encerrarlo por loco, pero que lo acaba amonestando por haber estado abusando de la hospitalidad de una honrada familia. Y por boca del magistrado se entera de que Cora llevaba tiempo informando a sus padres y esposo de sus disparatados delirios, que no sabía si atribuir al gusto de burlarse de su ignorancia o a una grave enfermedad mental. Conoce entonces que han estado vigilándolo, que Cora dejaba de leer para no perderlo de vista y que, al final, su exaltación ha hecho que lo tomen por loco de remate, temiendo todos que acabase atacando a la joven que, muy preocupada, pues se encontraba embarazada, pedía la protección de la ley para perderlo de vista. Personal-

---

<sup>17</sup> Op. Cit. Pág. 49

<sup>18</sup> Op. Ci. Pág. 62

mente, el juez creía que no era ningún loco, sino un sinvergüenza que trataba de seducir a una mujer casada y muy enamorada de su esposo. Avergonzado, hundido, el protagonista siente que todo se le derrumba. La criatura soñadora era una simple muchacha de limitada inteligencia, desconfiada y que no había entendido nada de las delicadezas de su amor. Lo que había tomado por emocionada atención no era sino extrañeza y miedo. No había ningún pálido lirio agostándose en el aire prosaico de la tienda. Con el corazón destrozado, abandona la ciudad donde tantas ilusiones han caído en pedazos. Al salir, su última ojeada a la tienda es todo un epitafio que sella el triunfo de la vulgaridad pequeño burguesa sobre las fantasías románticas. Cora, a la que idealizó desde su superioridad redentora, le despide con un demoledor "¡Pobre hombre!", y el tendero hace constar que, loco o no, pagaba muy bien, lo que hace nacer en el pecho del lector la sospecha de si no habrán usado a la joven de más o menos inocente cebo para seguir cobrando a precio de oro algunas tilas y manzanillas.

Tal vez realmente curado, el narrador sobrevive al desengaño y, cuando años después pasa por allí, de camino, puede comprobar que Cora sigue en su ventana, con tres robustos niños a su alrededor y con su belleza muy ajada. Incluso ha perdido unos cuantos dientes. Y aunque no se nos dice, apostaríamos a que el desengañado narrador no ha vuelto a escribir alejandrinos. Se impone un nuevo modo, más realista, de ver las cosas. Y curiosamente es la hija del tendero, con su tranquilo prosaísmo y su visión limitada, la que le ha indicado el camino: haciéndose ideas preconcebidas de la realidad y entregándose a exaltaciones y ensueños se corre un riesgo muy grande de acabar en el manicomio.

### III

El tercero de los relatos pertenece ya al último tercio del siglo, con la Revolución industrial en pleno desarrollo y el liberalismo burgués como ideología dominante. Lo positivo se imponía definitivamente, y los sueños se convertían en proyectos. Las ciudades crecían, las comunicaciones se desarrollaban, Europa se enriquecía. Las miserables condiciones de los trabajadores empezaban a considerarse como un serio problema, pero en general es una sociedad despiadada y optimista, basada en una ciega fe en el progreso y que sostiene la creencia de que el trabajo, el esfuerzo y el ahorro conducen, más pronto o más tarde, a la prosperidad.

En el arte triunfa el realismo, y en cuanto al artista, ha sustituido las extravagancias por la seria responsabilidad de contribuir a la educación de sus conciudadanos. ¿Y la mujer? Ya no hay lugar para la Musa evanes-

cente ni para el alma sensible y soñadora, cualidades que inclinan peligrosamente a la inactividad. Sigue siendo un ángel, sí, pero el ángel del hogar. No se la describe con un libro en las manos, sino más bien cosiendo o repasando las cuentas. Ha de ser instruida, pero sobre todo en aquello que tenga relación con su tarea de ama de casa, y se admite que tiene que saber algo de higiene y economía doméstica para cuidar mejor de los suyos, y tener un poco de cultura general para ser capaz de educar a sus hijos y para no hacer el ridículo en las reuniones sociales a las que acuda con su esposo. Además, una mujer inculta es una rémora para el progreso, pues suele ser fanática, supersticiosa y reaccionaria. Su deber principal es administrar los haberes de la familia, sin lujos superfluos, sin extravagancias, procurando ahorrar cada semana un poco, pero a la vez garantizando el confort de sus miembros. El marido sale fuera, a la lucha por el pan, y trae el dinero a casa, y la mujer lo administra. Por eso la compañera ideal es "la joven sencilla y modesta", "la joven económica y trabajadora", verdadero "ángel bienhechor del hogar doméstico"<sup>19</sup>.

Eso es precisamente lo que piensa que ha encontrado el protagonista del tercero de nuestros relatos. El cuento, delicioso, se titula *Excentricidades de una chica rubia*, y su autor es el exquisito e irónico Eça de Queiroz<sup>20</sup>.

El protagonista no tiene ninguna ambición artística ni literaria: es Macario, un buen muchacho que trabaja como contable en el comercio de un tío suyo. Naturalmente, se aburre bastante, y como es también natural, sus ojos se fijan de vez en cuando en el balcón de enfrente. Un día aparece en él una mujer enlutada, ya entrada en años, pero todavía guapa, que llama agradablemente su atención, y al día siguiente, para su maravillada sorpresa, se asoma la que debe de ser su hija, "una chica de unos veinte años quizás, fina, fresca, rubia como una estampa inglesa"<sup>21</sup>. Los dos jóvenes, primero a falta de cosa mejor que hacer y luego realmente interesados, comienzan una telegrafía de miradas y sonrisas. A los cinco días, decide que está "loco por ella".

---

<sup>19</sup> HENAO Y MUÑOZ, Manuel.- *El libro del pueblo*, 2 vols, Madrid, 1872, vol. II, pág.135

<sup>20</sup> EÇA DE QUEIROZ, Jose María.- *Excentricidades de una chica rubia*. En: *Cuentos completos*, Madrid, 2003

<sup>21</sup> Op. Cit. Pág.70

Sin embargo, incluso en esa etapa inicial de su relación hay algo, una nota discordante, que le inquieta. La joven sale algunas veces al balcón con un precioso abanico, un abanico muy caro, que contrasta con la sencillez de su atuendo y con el modesto piso que habitan. ¿Será una mujer derrochadora, amante del lujo, de esas que acaban arruinando a sus maridos y dejando a su paso un reguero de deudas? ¿O es que ha tenido algún novio rico? Pero pronto se tranquiliza: están en una ciudad portuaria y comercial, cualquier pariente, incluso su propio padre, ha podido hacerle ese regalo, y el aristocrático objeto parece entonces prestigiar aún más a su poseedora, resaltando su elegancia natural.

Unos días después, madre e hija visitan la tienda del tío de Macario y hacen alguna compra poco importante. Aunque él no puede atenderlas, alcanza a contemplar de cerca aquellos ojos que ya al otro lado de la calle le habían parecido tan seductores. Curiosamente, esa misma tarde advierten, al hacer el inventario, que faltan algunos hermosos pañuelos de la India.

Un amigo le habla, por fin, de su adorada. Se llama Luisa, su madre es viuda; no tienen muchos recursos, pero sí buena reputación. Acuden a menudo a la tertulia de un rico notario, antiguo amigo de la familia. Macario se hace presentar allí y por fin puede hablar con su adorada y cortejarla. Ella admite sus atenciones y corresponde a su ternura. Un día, está sentado a su lado, jugueteando con una moneda nueva, de oro, que reluce al sol. Ella sonrío viéndola brillar. De repente, la moneda cae y, por más que buscan, no aparece. Traen más luz, Luisa se levanta y sacude "con un golpe pequeño su vestido de muselina"<sup>22</sup>, pero todo es en vano: la pieza de oro sigue perdida. Macario piensa que alguno de los presentes la ha robado. Esa misma noche, al volver a casa, decide casarse.

Su tío se opone al matrimonio. La novia no tiene dinero y además él es un viejo solterón que desconfía de las mujeres. Su intención era convertir al sobrino en socio y heredero, pero no consentirá que arruine su vida por una locura romántica. Ante la insistencia de Macario, reacciona echándolo de su casa y dejándolo sin trabajo. Sin recursos, no puede pensar en el matrimonio, y así se lo dice a Luisa y a su madre, que acceden a esperarle. Tras varios intentos fallidos de labrarse un porvenir independiente, el tío, que al fin y al cabo lo aprecia, vuelve a acogerlo y consiente en su matrimonio. Corre a decírselo a su novia y no tardan mucho en fijar la fecha de la boda. La paciencia de la joven a lo largo de los meses en que ha estado sin dinero,

---

<sup>22</sup> Op. Cit. Pág. 78

sin trabajo y sin suerte, su tolerancia ante sus fracasos, le han convencido todavía más de que ha hallado una compañera ideal.

Una tarde salen a comprar el anillo de compromiso. Eligen uno muy bonito, con perlas. Él insiste en ponérselo "y, tomándole la mano, le metió el anillo despacito, dulcemente, en el dedo; y ella se reía, con sus blancos dienteitos finos, como esmaltados"<sup>23</sup>. En esa imagen sensual y alegre aparece como un relámpago, en ese brillo de los dientes, la imagen de un animal de presa. Pero sólo el lector parece advertirlo. Macario, feliz, discute precios, mira unos pendientes.... "Y mientras Luisa seguía observando los anillos, probándoselos en todos los dedos, revolviendo aquella delicada vitrina centelleante y preciosa". De pronto, el dependiente se pone pálido. Cuando el joven le paga lo adquirido y va a abandonar la tienda, le dice que falta dinero, que no ha abonado el otro anillo, uno con dos diamantes "que ha cogido la señora". Macario va a negarlo, pero ve a Luisa ruborizada y confusa. Se encara con ella que, al principio, niega y luego acaba por sacar la joya de su bolsillo. Muy serio, paga el anillo, se lo devuelve a la muchacha y ambos salen de la tienda.

Ya en la calle, tiene que pararse, horrorizado. Esa mano fina y blanca, que se apoya en su brazo, tiene la perversa costumbre de apoderarse de los bienes ajenos. Lo más horrible para su mentalidad de honrado contable. Se aparta de Luisa y le dice que se vaya. Ella lo mira suplicante, trata de excusarse, de inventar una justificación. Él se muestra implacable, la amenaza con la policía. Se acerca a su oído y le dice, muy bajo: "¡Eres una ladrona!"<sup>24</sup>. La mira alejarse, ve como desaparece a lo lejos la tela de su vestido, ligero y azul, como sus ilusiones disipadas. Al día siguiente parte en viaje de negocios. Nunca vuelve a verla.

La arrulladora paloma resulta ser una codiciosa urraquita atraída por el brillo de las baratijas. La joven modesta, una criatura llena de caprichos y amante del lujo. La futura esposa y madre, una raterilla sin moral.

#### IV

A la vista del estrepitoso fracaso de nuestros tres protagonistas en sus relaciones amorosas, cabría pensar si el hecho de haber contemplado largamente a sus amadas a través de una ventana tiene algo que ver. En

---

<sup>23</sup> Op. Cit. Pág. 89

<sup>24</sup> Op. Cit. Pág. 92

principio, este conocimiento implica una lejanía, una falta de contacto real que explicaría el posterior desengaño. La ventana sería un marco ideal y propicio a la idealización: presentando a la mujer como en un cuadro, favorece la cristalización propia del enamoramiento y la convierte en la imagen perfecta y sin tacha que desea ver su enamorado.

Sin embargo, todos ellos han tenido luego ocasión de tratar a esas mujeres, y todos han tenido suficientes avisos: la rigidez de Olimpia, su mutismo, las burlas de los amigos, deberían haber alertado al primero; la pasividad de Cora, su pésimo gusto literario, la placidez con la que acepta el cortejo de su, por lo visto, vulgar esposo deberían haber decepcionado al segundo. Las desapariciones de pañuelos y monedas en el entorno de su novia deberían haber despertado las sospechas del tercero. Pero en todos los casos cada uno de esos descubrimientos desfavorables no ha hecho sino acrecentar su pasión.

¿Será que, a fin de cuentas, no había razón para el desengaño y todos han encontrado realmente lo que buscaban, que era lo mismo con lo que, en definitiva, se conformaban los hombres de su tiempo? El primero, no una mujer, sino un pretexto para inspirarse y componer poemas. El segundo, no una compañera comprensiva, sino una presencia femenina que le cuide y finja escucharle. El tercero, no una joven virtuosa, sino alguien que, ante la sociedad, aparente serlo. El desenlace es lo que todos se merecen y no es ninguna tragedia, sino el resultado de la marcha implacable de la realidad, que tarde o temprano se manifiesta incluso ante los más reacios a admitirla. Y hasta podemos preguntarnos si, al final, no han obtenido el tesoro más anhelado, aunque quizá no confesado, de su corazón: Nataniel, una muerte trágica en plena juventud, como todo héroe romántico que se precie. El anónimo protagonista de *Cora*, un recuerdo sentimental que tiña de un matiz aventurero y literario su existencia gris de funcionario provinciano. Y Macario, el orgullo de saberse capaz de grandes sacrificios para mantener su reputación intachable, su crédito de tendero honrado. Quizá sería una conclusión demasiado dura para esos tres, ya sean pobres incautos o mezquinas criaturas. En cualquier caso, resulta sugerente. Como una sombra o un reflejo en el cristal de una ventana.

De todos modos, Bécquer sabía muy bien lo que se hacía negándose a ser presentado en la tertulia del señor Espín.